

Compréndanlo bien las señoritas: de ellas depende quizá que la juventud cambie de sendero, de inclinaciones y de costumbres; que deje de ser frívola y disipada, para buscar en el trabajo las verdaderas fuentes de la riqueza, de la prosperidad y del bienestar; que lea y estudie, en vez de divertirse siempre; que ejerza su actividad en obras útiles, no abandonando por eso el cultivo de sus facultades; en una palabra, de la influencia de la mujer depende quizá que la nueva generacion no venga á ser lo que hoy promete, y que en lugar de ella tengamos en lo futuro una porcion escogida de útiles y honrados ciudadanos.—Consiguiendo estos fines las señoritas harán un gran servicio á la sociedad en que viven.



LA MÚSICA BUFA.

I



QUIÉN no gusta de los tranquilos goces que proporcionan la música y el canto? ¿En qué corazón no hallan eco las melancólicas y suaves notas que expresan los sentimientos humanos? ¡La música! . . . Desde que el hombre nace comienza á deleitarse con ella: en la cuna se duerme oyendo las canciones de su nodriza y de su madre, y en su juventud, sólo á un instrumento armonioso confía la expresión de sus tiernos y delicados afectos. Á la música acude en sus horas de desengaño y de dolor, y en medio del tumulto de las pasiones y del mundo, sólo un canto triste, sólo unos acentos melódicos, pueden despertar en él ideas é impresiones saludables; porque á su maravilloso influjo se mejoran los sentimientos, se ennoblecen las aspiraciones y deseos, se despiertan dulces recuerdos, que hacen buscar en la meditación una fuente de consuelo. El amor á la música es por esto señal segura de buen gusto, de ilustración, y de bondad y delicadeza de alma.

Por desgracia, el torpe materialismo que domina en las sociedades modernas, se ha infiltrado también en los íntimos secretos del arte musical, y ya hoy, á la música del sentimiento ha sucedido la música del placer; á los suaves y mansos goces del espíritu, la ardiente irritación de la sangre; y á la serena melancolía del alma, el loco regocijo de la imaginación, la estruendosa carcajada de la orgía.—La ópera bufa, la zarzuela: hé aquí lo que hoy quieren todos; hé aquí la música que los hijos del siglo XIX necesitan para acompañarse en sus placeres, en sus gritos de febril regocijo, en la confusa agitación de nuestras costumbres; hé aquí, finalmente, la única música propia de nuestra desdichada época. Porque ella alegra el ánimo, y la alegría es lo que se desea á todo trance; enciende el ardor juvenil, y la juventud está sedienta de goces y embriagueces; entusiasmo, y hoy el entusiasmo es la vida, la felicidad suprema, el olvido de todo. ¡Bah! ¿quién se ocupa en sentir, en pensar en los misterios del alma, en conmoverse con honrados y puros afectos? ¿Para qué buscar sencillas representaciones, donde la inocencia y la virtud tengan el principal papel, donde una pasión generosa derrame celestiales resplandores sobre las miserias de la vida?..... Ni las graves y profundas inspiraciones de Beethoven y Meyerbeer; ni los apasionados acentos de Rossini; ni la dulzura y delicadeza de los autores de *Lucía* y *Sonámbula*, pueden ya tener valor alguno ante una sociedad que aplaude sin cansarse *El Proceso del Can-can*, y se entusiasma hasta el delirio con *La vida pari-*

siense; ante una sociedad donde nadie quiere respirar el exquisito aroma del arte, y todos buscan con afán la gritería, la confusión, el bullicio de las escenas del mundo.

No preguntemos, pues, por qué no progresa el teatro, por qué las empresas de ópera se arruinan, por qué falta concurrencia en los conciertos, por qué nadie va á la tertulia de confianza, donde por toda distracción se tocan bellos trozos de la dulcísima música italiana. Nada de eso debe sorprendernos, desde el momento en que veamos cuáles son los gustos y las inclinaciones de nuestro público, y acaso podríamos agregar, del público de todas partes.—De Francia nos ha venido este amor á lo extravagante y nuevo, porque, como decía un ilustre académico español, “allí donde la pudorosa ninfa del teatro volaba un tiempo dignamente engalanada con la veste de plumas que le ciñeron Corneille, Racine y Molière, hoy corre desatentada por los bulevares, ébria y deshonestamente, derramando chistes inspirados por la fiebre del sensualismo.”

Y la verdad es, en efecto, que á los extraños espectáculos nacidos últimamente en Francia, debemos en gran parte el malísimo gusto general que reina hoy en ciertas esferas del arte, y que acelera más y más cada día el decaimiento de todo lo bello y noble, de todo lo elevado y puro. Las novelas francesas, inmorales, absurdas y monstruosas, han pervertido por completo las aficiones literarias, ocupando el lugar que ántes tenían las narraciones sencillas escritas en el estilo de *Pablo* y *Virginia*; y ahora la

ruidosa y sensual música de Offenbach y de Lecocq, amenaza también desterrar para siempre de nuestros teatros la representación de obras dramáticas y los espectáculos musicales, siempre amados y deseados por las personas de excelente gusto.

II

Espectáculos musicales he dicho; y quiero suponer que los lectores no me harán la ofensa de creer que me refiero á la zarzuela.—La zarzuela es en realidad la única culpable de lo que hoy sucede en materia de aficiones artísticas. Por ahí empezamos: ella comenzó á corromper el gusto, llamando á los teatros y atrayendo al público, con su mixtura de comedia y de música burlesca, de alegre sainete y de canciones maliciosas y picantes. Esas coplas desaliñadas y sensuales, salpicadas de chistes groseros y sin gracia; esas tonadas que no tienen ni la frescura, ni la ingenuidad, ni ménos la sencillez de los cantares populares; que no expresan sentimientos ni ideas, sino puras frivolidades de gentecilla sin corazón y sin moralidad; esa música toda de broma, de farsa, de pasatiempo y de algo más, ¿qué dicen á nuestro espíritu y á nuestra mente, qué emociones benéficas nos producen? Tan sólo despiertan ciertos instintos y cierto entusiasmo, que no merecen á la verdad calificarse de amor á las artes y á lo bello; sino que más bien alejan de nosotros las aspiraciones hácia otros goces verdaderamente delicados y cultos.—En fin, es indudable que la zarzuela ha

nulificado el teatro, lo ha matado, ha acabado con todo lo que á él iban á buscar las inteligencias pensadoras y sensatas. “Ya no vamos al teatro,—decía un escritor español,—á sentir las emociones viriles de la tragedia. *La Vida es sueño* nos haría dormir. Al *Mágico Prodigioso* preferimos una comedia de magia. Bostezamos con los monólogos de Hamlet sobre la muerte. Á una estrofa del *Prometeo* de Esquilo, preferimos unas cuantas violonadas de Offenbach, este ruiseñor de Asnières y de Mabilie. El teatro se ha convertido en una orgía donde nos embriagamos de chistes equívocos, y reímos á grandes carcajadas viendo á un pobre soldado convertido, por el arte de amar, en general. Esta Duquesa de Gerolstein es la Julieta de nuestro tiempo, y en alas del *can-can*, va, tierna y amorosa, desde el Louvre hasta el Capitolio, desde las orillas del Rin hasta las orillas del Támesis.”

“Yo abomino la zarzuela—decía otro ilustre escritor, D. Pedro Antonio de Alarcón,—ántes por sentimiento, que en fuerza de silogismos. Caésemme el alma á los piés cuando medito en que la música, el arte peculiar del siglo XIX, la más sublime, y hasta si se quiere, la sobrenatural y magnífica expresión de la belleza, no tiene en España otros horizontes en que tender su vuelo, que los estrechos límites á que le reduce este mezquino espectáculo, *mixto como todo lo decadente*.—¿Qué es aquí la música? Una esclava puesta al servicio de un traductor de dramas de brocha gorda. ¿Qué probabilidades de éxito, de ganancias, de gloria, de inmortalidad tiene un compositor en este teatro? Las

que le sobran para hacer reir al público á un maquinista hábil, á un gracioso caricato, á una fábula absurda llena de espantables episodios é increíbles peripecias: ¡nada más! En el mundo no hay más que dos escuelas musicales: Alemania é Italia. Fuera de esto, todo es adulteracion, profanacion, bastardía, oropel y moneda falsa.”

Esto decía el discreto y elegante autor del *Diario de un testigo de la guerra de Africa*. ¿Qué más podré decir yo, sobre todo, refiriéndome á México, donde todo falta, hasta esos “compositores que no tienen en el teatro ni probabilidades de éxito, de ganancia, de gloria y de inmortalidad?”—La zarzuela ha dado ya al traste con las inclinaciones del público hácia la buena comedia, la ópera, los conciertos y los dramas. De hoy en más, la ópera bufa, que es la última profanacion del divino arte, acabará tambien por introducirse en los gustos de nuestros pocos compositores. Y no me refiero á los que por lo comun escriben danzas insustanciales, ligeras y frívolas; hablo de los que estudian y gustan de la música de los grandes maestros. ¿Les será á ellos posible librarse del contagio? ¿tendrán la suficiente fuerza de voluntad para resistir la corrupcion de su buen gusto? Ojalá que sí; pues ellos deben comprender mejor que nadie, el perjuicio que les resultaría de seguir las báquicas inspiraciones de aquella musa ébria y deshonesta de los bulevares, de que hablaba el académico español.

III

Bien seguro estoy de que muchos no piensan como yo, y de que mis palabras han escandalizado ya á algunos lectores.

—¡Cómo!—se dirá—desairar la ópera bufa, esta encantadora novedad de nuestros días; no comprender el mérito de esa música que á todos deleita y embriaga; no entusiasmarse con aquella gracia de la Aimée y de la Judic que enloquece los ánimos y los exalta; no contemplar extasiado aquellos picarescos movimientos, y aquellas maliciosas miradas, y aquellas animadas escenas, y aquellos cuadros vivos y palpitantes de la vida real. vamos, eso es no tener sangre en las venas.

Está bien: yo confieso mi mal gusto, si así quiere llamarse. Pero la verdad es que ni esta música ni estos espectáculos deben ser del agrado de personas sensatas é ilustradas: porque, ¿ganan algo el arte y la literatura con ellos? ¿disfruta el alma de plácido y honesto esparcimiento? ¿tiene el corazon saludables impresiones, tales como aquellas que comunican al espíritu amor al bien, y al entendimiento vigor y rectitud? O qué, ¿tanto hemos descendido ya, que podemos ir tranquilamente á aplaudir los ataques á la moral y á la virtud, las caricaturas del amor, la burla de todo sentimiento noble? ¡Ay! al ver ciertas escenas de las óperas bufas, no comprendo cómo hay padres que lleven á sus hijas al teatro, donde pueden perder su inocencia y sentir ajado su candor; no comprendo

cómo hay esposos que lleven á sus mujeres, allí donde se pone en ridículo muchas veces el cariño y la fidelidad conyugales, y se oyen frases picantes y groseras, irrespetuosas y deshonestas. . . .

Y no se me diga que esas óperas se suelen representar en un francés comprensible sólo para los franceses; que sus equívocos, sus chistes más diabólicos, sus frases de doble sentido, pasan inadvertidas para la mayor parte de la concurrencia; no. Nada importa que así sea: en estas representaciones poco caso debe hacerse del lenguaje, pues el movimiento, las actitudes, las señales, lo hacen todo. Se representan de bulto escenas que siempre pasan en la oscuridad, en el misterio, léjos de miradas humanas; escenas con las cuales se ofenden la moral y el pudor de la mujer, la fidelidad de la esposa, la candidez é inocencia de la niña, la dulce ternura de la doncella enamorada. . . .

Repito que este género de espectáculos es propio de nuestro siglo burlon y despreocupado; ¿pues á quién le había ocurrido ántes llevar á la escena las flaquezas humanas, no para corregirlas con ejemplos de fortaleza y de abnegación, sino para reírse de ellas y despertar en los ánimos vivos deseos de imitarlas?

¿Se dirá acaso que allí se busca la música, y que todos van por oírla y gozar con ella? Pero á nadie se le debe ocultar que no es ésta la música propia para el solaz de personas ilustradas y de buen gusto. Que quede, en buena hora, para esos desdichados que han arrojado léjos de sí todo sentimiento moral y piadoso, todo freno

de orden, de moderación y de cordura; para los que llevan una vida continuamente agitada por las pasiones, y se recrean y se complacen con la maledicencia; para los que sienten aversión hácia la santa paz del hogar, y la sustituyen con una existencia errante é incierta sembrada de peligros y amarguras; para los que huyen del matrimonio como tiranía insostenible, y reputan los deberes que impone de enfadosas y molestas cargas; en una palabra, que queden en buena hora los espectáculos bufos, para quienes se dejan dominar de sus vicios, los calaveras y los que deshonoran sus canas aplaudiendo y entusiasmándose con una diversion á todas luces inmoral.

Los católicos deben abstenerse de presenciar esos cuadros, por respeto á la religion y á la moral que profesan, por respeto á las buenas costumbres, ya bastante desarregladas por desgracia, y por respeto también á sí mismos y al culto de la verdadera belleza del arte.

